

sino inspector provincial de Sanidad, le llama, con su poquito de exageración, tifus exantemático. Luis Felipe y yo, yendo a Guadalupe, en autobús, atrajimos algún piojo, no verde, pero por si acaso, la poesía y la prosa se vacunan en grupo. En casa de Luis, al día siguiente, brindis por el piojo verde. Luis lee poemas, prosas, poemas, prosas. Cuando se acaba el vino, cualquiera trae más de la cocina o de una tasca cercana.

Primavera 1941. Café Lyon. Nuevos contertulios. Fantucci, italiano, profesor de Literatura. Escribe, dice, en papel higiénico: economía y doble empleo. Gordo, bien humorado. No habla de política, y cuando, metido en copas, lo hace, es para maldecir a Mussolini. «¿Me habrán oído? ¿Quién será ese tipo?» Un minuto se preocupa. Mira, nos mira: carcajada estruendosa. El vientre de Fantucci, cuando ríe, sube y baja. Pepe Escassi utiliza a Fantucci como modelo para un Baco que está pintando. Luis habla de don Manuel, que acaba de marcharse. «No hay poetas menores. ¿Qué es un poeta menor? La elegancia y la gracia no son cualidades menores. Lo malo es ser «el hermano» de Antonio Machado». «Sí, Juan Ramón tiene el instrumento lírico más completo después del de Lope, pero... Alguna limitación, no sé...» Leopoldo ríe: «A Juan Ramón le tenéis rabia por el palo que os sacudió a Luis Felipe y a ti cuando os metisteis a críticos.» Domenchina repartía las hojillas de J. R. J. ¿Dónde estará Domenchina? En Méjico, como todos, como casi todos.

Otro día, 1941. La conversación da vueltas: Machado, Juan Ramón, Unamuno, Guillén, Alberto, Federico, Machado... Gerardo (Diego), silencioso, defiende a don Manuel, los primores de don Manuel. Juan Ramón, gran poeta, persona singular. Cuando le llamaba por teléfono algún importuno, sin molestarse en cambiar la voz, decía: «Juan Ramón no está.» Muy susceptible: cualquier cosa podía ofenderle. Sí, gran poeta. ¿Dónde está Juan Ramón? Cuba quizá; no, no, Nueva York, o acaso California. Nadie sabe. La guerra. Hay otro alemán en la tertulia. Del nombre, mejor no acordarse. Más alemán y más nazi que Sifauer (al final de la guerra, ¿sorpresa?, ni será nazi ni siquiera alemán, sino «católico» y austríaco). En la nueva Europa, asegura, los países latinos serán agricultores. Alemania no puede consentir dispersión ni duplicación de esfuerzos, y no lo consentirá. Luis Felipe, el tranquilo, ecuánime Luis Felipe, enrojece. ¿Qué se han creído ustedes? Casi tira la silla. Sale del café. Le sigo.

¿1942? Instituto británico, domingo por la tarde. Luis, Leopoldo, Luis Felipe. Entramos sin que el policía que está a la puerta diga palabra. Walter Starkie, pequeñito, gordo (no gordito; definitivamente gordo), sonriente. Don Pío (Baroja), rodeado de muchachas: Ma-

ruca (que se casará con Luis), María Luisa (que se casará con Luis Felipe), encantado, decidor, ocurrente. Luis bromea: «¡Pero no decía usted que si la misoginia...!» La gloria como alegre tertulia, y mejor si la frecuentan chicas guapas y simpáticas. Alguien: «Perdón.» Luis se aparta. El círculo se abre: la pareja toma posesión de don Pío, se lo lleva, lo sienta en un sofá. Una vieja, a la derecha; otra, a la izquierda. El interrogatorio comienza: «¿Es usted Tellagorri? ¿Cuándo supo de Aviraneta?» Don Pío, desamparado, mustio, lanza S. O. S. silenciosos. Dos minutos, tres... Don Pío, enfurruñado, mira a las chicas, a los jóvenes. Leopoldo se decide, avanza cuatro o cinco pasos: «Don Pío, le llaman al teléfono.» Tellagorri, ágil, se escabulle de las viejas, hacia el saloncillo inmediato. Regresa en seguida. Luis pasa su brazo por el del viejo novelista, contento de la travesura. El círculo se cierra. Las viejas se levantan, verdes, agrias, airadas, y desaparecen.

¿1943? Altamirano, 34. Maruca pone orden, relativo, en el desorden. Los libros crecen, proliferan, se esconden bajo la mesa y las butacas, trepan a lo alto de los armarios. En el pequeño despacho Luis escribe. Lo que está escribiendo se llama *El contenido del corazón*, y es de una belleza sencilla y clara, como la de Maruca, que quisiera poner en la casa la transparencia que Luis pone en las palabras. Cuando Luis lee, lee despacio, saboreando cada palabra; más: viviéndola, como si por vez primera calara sus secretos, sus sombras. Lee y se detiene un momento, para ver el efecto que lo leído produce en quien escucha. Sigue, hace una pausa, comenta lo que acaba de leer o, quizá, cogiendo la pluma, corrige una palabra, una línea. No es una biografía, ni nada semejante. Recapitulación de recuerdos, nostalgias y sueños en una atmósfera a la vez mágica y precisa. Lectura interrumpida: amigos, más amigos, amigos. ¿Cuántos amigos tiene Luis Rosales?

1944. El 4, calle del Buen suceso. Taberna, sucursal de la casa. Luis es allí don Luis, con un Don familiar, afectuoso. Los demás, caras conocidas, amigos de don Luis. Cena a las once. Sobremesa hasta el cierre. Política, la guerra. Primitivo es monárquico; Luis, también. José Luis (Aranguren), demócrata cristiano. Pedro, liberal a lo Marañón. Luis Felipe, en sus silencios, deriva hacia una izquierda en que Dios existe. Dionisio, desterrado, es *la* oposición. ¿Qué oposición? Cuentecillos, chistes. Mecanismo compensatorio de la inactividad, dice Luis. Cuando se acabe la guerra... Cuando venga don Juan... Hay que salir. ¿Paseamos? Zona central de los bulevares. Hace frío, pero con la conversación no se nota. Tres de la madrugada. Luis propone: vayamos a casa a tomar una copa.

1948. Luis, en su despacho de *Cuadernos*. Las oficinas de la revista, espaciosas, bien situadas (antes de su ascensión a las guardillas). Están con él dos o tres poetas hispanoamericanos. ¿Será uno Pablo Antonio Cuadra, Miguel Arteche, Antonio Fernández Spencer, Ernesto Mejía...? Imposible asegurarlo: el tiempo es una niebla espesa. Se rasga y aparecen rostros, sombras: la distinción de Pablo Antonio, alto, callado, un poco distante siempre; el buen humor, la travesura incluso, de Antonio; la erudición fantástica, asombrosa ya, de Ernesto... Luis, cordial, invitándolos a casa, a cenar en El 4, escuchándolos, hablándoles. Pues Luis, tan constante hablador, sabe escuchar y escuchar de verdad. Por supuesto, lee: poemas destinados a un libro nuevo que (tres años después) va a titularse, con desafiante sencillez, *Rimas*.

Septiembre 1950. Santillana del Mar. Segunda reunión de la Escuela de Alcamira. Luis, poeta invitado. Regino y su guitarra; la música como gotas de luz en los vastos palacios de la villa. Por las noches, Luis y Pepito (Lloréns Artigas) cantan, cuentan, incansables. Willi Baumeister, al acabar la cena, coge una botella de tinto y se la va bebiendo sin prisas. Luego otra. Pantomima improvisada: *La muerte de la viuda*. Cicero Dias y Pepito, actores geniales. Pablo (Beltrán de Heredia) apunta en silencio, con Luis Felipe. Luis ha recitado versos: de ayer y de hace diez años, y leído prosas que son también poesía. Recita despacio, subrayando las palabras, las pausas...; recita tan despacio que la poesía nace desgranada, palabra tras palabra, obligando al lector a una atención sostenida. Pepito cuenta la historia del portero barcelonés que, si no muere, por lo menos ladra.

1971. Chicago. Asamblea de la *Modern Language Association*. Luis Rosales ha llegado: grueso, sonriente, pausado. Vestíbulo del Conrad Hilton. Profesores van y vienen. Se detienen: los atrae la recepcionista, oscura, esbelta, con las curvas necesarias, en la medida necesaria. Los hispánicos la miran de frente. Los americanos, de soslayo. Luis escucha, habla poco. Con Bárbara Aponte y con Juan Ignacio Tena sube al cuarto donde la Universidad de Pittsburg ofrece un coctel a Gonzalo Sobejano. Cincuenta personas, sesenta, en el espacio donde cómodamente cabrían seis, ocho. ¿Quién dijo que el calor dilata los cuerpos? Javier Herrero, Gonzalo y Helga, y los profesores, muchos profesores. Un whiskey, otro. Maní tostado. Rodolfo Cardona entra: vestido a lo diplomático, con cierto tono de bohemio elegante, bien lavado. Más whiskey. Calor. Luis, rodeado de profesores. En carne y hueso, más carne que hueso, la poesía en persona. Un whiskey de despedida porque hay que marcharse, bajar doce pisos, entrar en otra habitación, bastante más grande, donde hay más profesores, cien, cien-

to veinte. Muchos profesores. José Ruibal: barba, melena, un poco anarquista. Whiskey otra vez. Fruslerías. ¿Quiere usted un trago? Llegan profesores. Todos caben, pero apenas. Luis va siendo empujado hacia la pared. Estoy sudando. Estamos sudando. Combata el frío con un whiskey. Alguien avisa. La cena espera. Comedor reservado. Profesores. *Fruit salad. Roast Beef. Strawberry short cake. Coffee* (no café, que es otra cosa). Luis habla, no come. Las camareras sirven apresuradas. Es tarde. Las nueve, quizá. Luis se levanta a hablar. ¿Un discurso? No, no. Es un poema breve. Un poema de amor. Otro poema: éste para el hijo. Aplausos. Unos minutos, pocos, cinco quizá, en la sala estuvo, en vilo, sostenida por el aliento de Luis Rosales, la poesía. Un momento, sí, breve, fugacísimo. Después... ¿Y si bajáramos al bar?

30 diciembre 71. Luis se queda. Aquí está ya el autobús del aeropuerto, el frío, la rutina. Nos abrazamos. Una sonrisa, una mirada clara, y en la mirada ¡tantas cosas! Al abrazarle he visto en el azul de sus ojos a Juan, a Leopoldo, a Waldo Rico..., jirones del pasado y de la vida que compartimos. Esto es lo que queda en una despedida entrecortada, con prisas. *We are leaving. A moment, please.* Chicago se envuelve en bruma. También la mirada; sí, también la mirada se empaña. Juan, Luis Felipe, Dionisio, Manolo, Leopoldo... ¡Adiós, Luis! ¡Adiós, Luis!

RICARDO GULLON